

**14.** En particular deberán conocer á fondo y guardar con escrúpulo las rúbricas. Cuando se contempla á un niño decentemente vestido que, devotamente arrodillado y con las manos ante el pecho, fijos los ojos en el sacerdote ó en la Cruz, pronuncia las palabras clara y distintamente y actúa con serenidad y sin afectación, ¡ah! entonces, el cristiano oyente cree hallarse entre los ángeles que cortejan á Jesucristo, invisible en los altares eucarísticos, y se mueve á adorarle con humildad profunda, y á solicitar su amistad cariñosa.

### §. III.

**15.** Los que asistimos al incruento Sacrificio del Altar somos realmente testigos de lo que en Él se ejecutó. En dicho solemne acto, el templo se transforma en Calvario; el altar, en la Cruz del Redentor; los pecadores son los deicidas; y si padece y muere místicamente el Señor, padece y muere por todos los hombres. Ahora bien; los que oyen Misa se hallan al acto más serio y triste que se ha realizado. La muerte del Salvador fué presenciada por la Inmaculada Señora y el Discípulo amado que lloraban amargamente; por innumerables judíos que bajaban el Gólgota, hiriéndose el pecho; por miles de insensibles criaturas que se estremecieron hasta las entrañas en vista de un espectáculo tan cruel; por el Padre Eterno; por los ángeles que, con pena amarga, admiraban, cubiertos sus rostros, los horrores del Calvario; y nosotros que vemos, que contemplamos, que palpamos esto mismo en el templo cuando oímos la santa Misa, ¿nos entretendremos en tener el espíritu disipado, mirando á una y otra parte, riendo, conversando y ejecutando acciones indignas de la santidad del lugar donde estamos? ¿Nos entretendremos en asistir á todo y presenciarlo todo, siquiera sea con la imaginación, menos al adorable Sacrificio? ¿Qué se hubiera dicho de los que asistían á los tormentos finales del Salvador, si se les hubiera visto reír descaradamente ó burlarse de un ajusticiado inocente? Si aun, los que no tenían fe en el Redentor, los que le consi-

deraban como puro hombre, los que le reputaban por atrevido farsante manifestaban en aquel trance, profundo sentimiento de verle crucificado, porque ley natural es que nos condolamos de los que sufren injustamente penas crueles; nosotros que, gracias á la bondad divina, profesamos la salvadora Doctrina del Hombre-Dios, y creemos que ha muerto por salvarnos, y confesamos que en la S. Misa se reitera incruentamente esta muerte preciosísima, ¿asistiremos al tremendo Acto como si estuviéramos en una fiesta mundana, en un teatro, en un baile? Desdichados de aquellos cristianos que asisten al Sacrificio, no ya sin saber lo que hacen, que esto sería el menor mal que pudieran cometer, sino para fomentar sus bajas pasiones, para ver y ser vistos, para oír y esparcir su imaginación, etc. ¡Más valiera que no hubieran visitado jamás el templo del Señor! S. Leonardo refiere de cierta distinguida señora que, estando presente al Sacrificio, satisfacía al mismo tiempo con el pensamiento una pasión impura que había concebido por uno de los cantores. Iba á comulgar, cuando Sta. Iveta de Huy, que presenciaba el acto, vió que una turba de espíritus infernales se pusieron regocijados á bailar delante de la sacrilega; esta infeliz se presentó á recibir la Santa Hostia, pero aquella sierva de Dios vió que Jesús, en lugar de entrar en la boca de la señora, voló al cielo.

**16.** Mas, no salgamos de nuestro asunto. Los que oyen Misa asisten también á ella como ministros. «Rogad, hermanos, dice el celebrante, volviéndose á los fieles, para que mi sacrificio y vuestro sea aceptable al Padre Omnipotente.» Los fieles, en verdad, ofrecen el Sacrificio juntamente con el sacerdote: luego son también ministros; como tales deben asistir á Él con espíritu de humildad y penitencia, con espíritu de devoción y recogimiento. Atended al sacerdote y veréis que en el introito apenas se atreve acercarse al altar; atended de nuevo, y notaréis qué gravedad, qué silencio guarda en todas sus operaciones. Los que oyen Misa deben por consiguiente poseerse del sentimiento humilde de que no son dignos de comparecer ante un Dios

tres veces santo á quien tantas veces ofendieron; deben sustraerse á todo ligero pensamiento mundano y decir en la puerta del templo, con San Bernardo: «Quedaos ahí fuera, pensamientos del mundo, que todo mi ser va á ocuparse ahora de solo Dios.» Es cierto que mientras es celebrado este adorable Sacrificio puede ocuparse el pensamiento en el arrepentimiento personal de los pecados, en la Comunión y rezos y meditación de eternas verdades; pero también es cierto que para obtener mejores frutos y mayores bienes de él, lo más acertado es meditar devotamente sobre la Pasión del Señor, acompañando mentalmente al sacerdote. Cuando el cristiano se empeña, por poco letrado que sea, puede muy bien meditar sobre estos misterios; hasta, ¿quién lo diría? los naipes mismos, ordinario medio de pasatiempo, han servido, en manos de sencillo soldado, para meditar durante la Misa los atroces tormentos del Salvador. En efecto, cada naipe indicaba un misterio de la Pasión, y á medida que el sacerdote adelantaba en la Misa, el soldado pasaba la baraja.

**17.** Contemplad á los siervos de Dios asistiendo al augusto Sacrificio y os estimularéis á imitar en lo posible su ejemplo. Ellos se unían en espíritu á los sacerdotes que habían de celebrar en todo el mundo aquel mismo día. S. Félix de Cantalicio, que, á pesar de su buen deseo, no pudo cierto día asistir á la Santa Misa, por estar ocupado en asuntos de la obediencia, vióse de repente en el templo oyendo el Sacrificio y cavando al mismo tiempo la huerta.

Pero argumentaréis: devoción acendrada podrían tener aquellos cristianos que, aprisionados con S. Dionisio Areopagita, asistieron á una Misa que celebró este santo, en la cual, al partir la Hostia, se apareció Cristo N. Señor á todos y habló con S. Dionisio, esforzándole al martirio. Atención angélica podrían tener aquellos otros que oían la Misa de S. Juan de la Cruz, quien, en dicho acto, despedía tantos rayos de intensísima luz que dejó á uno ciego por mirarle fijamente; pero, nosotros que no admiramos tantos prodigios, ¿cómo hemos de poseer esa devoción y atención puras? No

es necesario que el Excelso obre milagros para que los fieles estén con recogimiento en el Sacrificio, porque les es suficiente la obligación notoria. Recordad que S. Luis, rey de Francia, no quiso asistir á cierta Misa para contemplar un milagro; y sin embargo, cuando oía el Sacrificio semejaba al serafín. El beato Antonio Estronconio, franciscano, practicaba todos los días mil genuflexiones en honra de Jesucristo Sacramentado; particularmente en la Misa es donde él se esforzaba en amar más á su Dios, quien le reveló desde la Sagrada Hostia que mientras se celebrase el Sacrificio encendiese muchas velas, para cuyo efecto el santo recogía limosna. El beato Felipe de Águila, también franciscano, exhortaba á todos para que oyesen cuantas Misas pudieran, y él mismo practicaba los consejos que daba á los demás, afirmando que no conocía devoción más excelente que la de oír Misa con atención y reverencia, puesto que de este modo, decía, agradecemos; siquiera con la memoria, la estupenda fineza de nuestra Redención.

**18.** Hay un templo (1) cuya bella arquitectura y demás artes por él desparramadas, su riqueza sin medida y su orden y esplendor, revelan que fué edificado para servir de modelo á todos los demás de su clase, no sólo en lo que respecta al orden material, sino principalmente en lo que atañe al culto eucarístico. Afectando á una espaciosa cruz latina, tiene pilastras estriadas, capiteles corintios, capillas laterales magníficas, cúpula y linterna sencillas y elegantes, muros decorados con hermosos frescos de Ribalta, Carducho, Zucaro, Hernández, Matarana y Valent, igualdad en los preciosos retablos, exquisita proporción y uniformidad entre éstos y el orden arquitectónico del edificio, prudente colocación del coro y de la sacristía, sin puerta á sus pies: tal es el gran templo de *Corpus Christi* de Valencia.

¿Qué diré del orden perfecto y del culto esplendoroso que en él se tributa á Cristo Sacramentado? En general, apenas se honra al Señor como es debido, por el escaso

(1) Véase el tomo V de esta Obra, pag. 80.

personal y material eclesiástico, no pudiendo celebrarse los divinos oficios con pausa, solemnidad y atención, merced á que aquel personal sagrado tiene que atender por lo común á otras ocupaciones parroquiales, que le restan mucho tiempo y atención al servicio puramente divino. El bienaventurado Juan de Ribera, arzobispo de Valencia y fundador de este hermoso templo, que conocía á fondo todas estas inmensas desgracias, redactó unas sabias Constituciones que todavía se guardan fielmente, y que son la admiración de los sabios y los santos. Su deseo era que su iglesia guardase en la celebración de los oficios divinos lo que está dispuesto en los santos Concilios y ha sido observado en los tiempos en que florecía la disciplina eclesiástica; de suerte «que se conozca que los que cantan y celebran consideran que están delante de Dios nuestro Señor, hablando con la suprema é infinita Majestad suya; y que asimismo muevan á los oyentes á devoción y veneración de este Señor y de su santo templo.» He ahí por qué de entre los Colegiales Perpetuos á quienes confió la administración y gobierno de la iglesia y seminario, designó al Vicario de coro y al sacristán, para que el uno, presidiendo el coro, y asistiendo el otro en la sacristía, dirigiesen todo lo concerniente al culto y celebración de los divinos oficios por medio de los demás servidores eclesiásticos. El maestro de ceremonias en lo relativo á las rúbricas del coro y del altar; el maestro de capilla en lo que atañe al doble canto y dirección de los infantilillos; los dos domeros, evangelisteros y epistoleros para que por semanas sirvan al altar y coro; los dos capiscoles, para entonar y regir gravemente el coro; el organista para que pulse el órgano con pausa y sosiego, con gravedad y modestia; los infantilillos, los cantores y los instrumentistas, para nutrir el canto y orquesta; cuatro sacerdotes para que, sin faltar del confesonario, oigan con detención á los penitentes; el pertiguero para acompañar á la dómada; los seis acólitos para el servicio y aseo de la iglesia, capilla mayor y sacristía; los incensadores, vestidos de loba y roquete, para incensar en todas las misas rezadas, al alzar; el

portero, para estar constituido en la puerta del edificio y evitar los desórdenes que puedan ocurrir; el campanero para que toque con arte y maestría los sagrados bronces; y el barrendero para que limpie diariamente dos veces la iglesia. Así es cómo, puesto cada cual en su lugar, y amaestrado en su respectivo oficio, pueden ser celebrados los Oficios divinos, sin carreras, sin atropellamiento, con pausa, gravedad y devoción.

La iglesia de *Corpus Christi* está siempre iluminada por el cirio de la fe eucarística, colocado en el centro del presbiterio. En las grandes solemnidades, nada de arañas pesadas y adornos superfluos y artefactos ridículos; antes bien, todo es sencillo y magnífico, según previene el Ritual Romano. Cuanto mayor sea la solemnidad, tanto mayores y más gruesos y blancos son los blandones del altar mayor, que en esto consiste la diferencia del rito.

Los ornamentos son todos de gran mérito artístico y riqueza valiosa; y llama la atención el aseo y limpieza que en todas las vestiduras sacerdotales y manteles del altar se observa, guardándose en cajas de ciprés, y entre esencias variadas, para que estén siempre olorosas.

Nadie puede entrar en este templo si no va calzado y decentemente vestido, y los sacerdotes no pueden celebrar Misa sin revestirse una loba sobre la sotana.

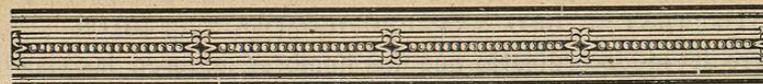
¡Qué exactitud y puntualidad en comenzar los oficios divinos y en la duración de los mismos! Al dar la hora señalada, como si fuera movido por un resorte, cada uno de los servidores eclesiásticos está en su lugar correspondiente desempeñando su oficio. Menos prima y maitines y laudes, que no se rezan, las demás horas menores duran cada una media hora, y cada media hora también es celebrada una Misa, cuyo ministro está siempre revestido de sotana y sobrepelliz, encendiéndose una tercer vela desde el sanctus hasta la sunción. Sólo puede y debe celebrarse una Misa mayor con gran solemnidad; y da gusto el ver la devoción que inspiran los actos en dicho templo, donde parece haberse trasladado uno á regiones sobrenaturales. ¡Qué si-

lencio y compostura, qué gravedad y recogimiento se advierte en todo! Así es cómo los sacerdotes pueden celebrar con devoción, y los fieles oír con atención la santa Misa y demás oficios eucarísticos. ¡Es un templo modelo!

Cierto es que no todos los lugares pueden contar con los medios de que dispone el Colegio de *Corpus Christi*; pero, ¿se me negará que puede de él copiarse el aseo y la limpieza en el templo y utensilios sagrados, la puntualidad en las horas de los oficios divinos, y el silencio en todos los concurrentes, para que todo pueda desempeñarse con recogimiento y fervor? Que vale inmensamente más en la presencia de Dios simplificar los actos del culto, no prescritos por los cánones, y rendírseles modesta y religiosamente, que no intentar grandes iluminaciones, é interminables aparatos, para que no exista más que la indevoción, la confusión, el enfado y el escándalo!

#### EJEMPLO

Refiere S. Vicente Ferrer que á un impío, que no quiso arrodillarse en el momento de la consagración, se le apareció de un modo visible y terrorífico el demonio y le dijo:—¡Impío, traidor, por quien Jesucristo ha padecido tanto! Si Él hubiese hecho por nosotros la centésima parte de lo que ha sufrido por ti le serviríamos de rodillas día y noche—Y le dió la muerte. *Catec. en exemplos.*



## XXV

### *Significación de las ceremonias de la S. Misa.*

*Et intus plena sunt oculis.*

Y por dentro están llenos de ojos.

Apoc. IV, 8.

1. Los objetos no tienen valor por lo que aparecen, sino por lo que son; no se aprecian por su forma, antes bien por su fondo; no dan el ser los accidentes, pero sí la substancia. Al publicar la Verdad eterna que daría á comer su propio Cuerpo y á beber su misma Sangre, viendo que los carnafañas no entendieron estas palabras de salud, según convenía, antes bien, dudaron de ellas, pronunció esta divina sentencia: El espíritu es el que da vida, mas la carne para nada aprovecha (1). Como si dijera: Las palabras que yo he pronunciado se han de tomar según su espíritu, no según su material sentido; se han de tomar, ciertamente, como suenan, porque cabe el sentido literal, y el sentido literal es que yo os doy á comer realmente mi Cuerpo y á beber verdaderamente mi Sangre; pero si es verdad que las mencionadas palabras deben tomarse como suenan, también lo es que no deben entenderse material y carnalmente; y carnal y materialmente se entenderían si se creyera que Jesucristo iba á dar en comida su Cuerpo y en bebida su San-

(1) Joan. VI, 64.